

Crónica

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE INGENIEROS DE CHILE EN LOS FUNERALES DE DON LUIS LAGARRIGUE A.

El Instituto de Ingenieros de Chile pierde a uno de sus más eminentes miembros.

Su obra como ingeniero está estampada en el progreso del país.

Ha dejado huellas indelebles de su preparación técnica y de su tesonera labor. Como ingeniero del Canal del Maipo, colocó esta obra en condiciones de que no constituyese una amenaza para la ciudad de Santiago, como pasaba antiguamente.

En 1906 le correspondió la desviación del canal San Carlos para obtener la caída de La Florida destinada a aumentar las disponibilidades eléctricas en nuestra capital.

Fué también de don Luis Lagarrigue el estudio y construcción de bocatomas definitivas en el Chapoal y en Los Morros.

El río Maipo constituyó para él un gran maestro en sus observaciones de ingeniería. Al retirarse de la Sociedad del Canal se dedicó a obras de su especialidad hidráulica. El año 1912 proyectó y construyó el Sifón del Carmen bajo el río Mapocho y a fines de 1913 estudió las obras de la Laguna Negra de aducción de agua pota-

ble para Santiago llevando a cabo, en seguida, su construcción.

En 1906 se encargó de la realización del canal del Maule, gran obra de ingeniería destinada a regar la zona comprendida entre la Cordillera de los Andes al oriente, el río Maule al sur, el Claro al norte.

En 1918 contrató la construcción de las obras del puerto de Antofagasta, empresa que, por los cambios de aumentos que fué necesario introducir, duró más de diez años en terminarse.

También se debe al esfuerzo de este eminente ingeniero la ejecución de las obras hidráulicas de la planta eléctrica de Los Maitenes.

Don Luis Lagarrigue recibió en Diciembre de 1937 la medalla de Oro del Instituto de Ingenieros de Chile, la más alta distinción que otorga nuestra sociedad al ingeniero que por su obra, sus servicios al país y a la institución lo hacen acreedor a ella.

Entornamos ahora nuestras puertas en señal de duelo por el desaparecimiento de tan esclarecido consocio.

MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR A DON WALTER MULLER HESS

El Martes 6 de Diciembre tuvo lugar la ceremonia de entrega de la Medalla de Oro y del Diploma de Honor correspondiente al año 1949 al Ingeniero señor Walter Müller Hess. Una numerosa concurrencia llenó la sala de Confe-

rencias del Instituto para presenciar este acto, que fué amenizado por el Coro Mozart.

En primer término habló el Presidente del Instituto de Ingenieros, señor José Luis Claro M., quien se refirió especialmente al significado del

acto que se desarrollaba y de las impresiones que lleva grabada la Medalla de Oro del Instituto

A continuación hizo la presentación del señor Müller el ingeniero Javier Herreros Vergara quien había sido agraciado con esta misma distinción el año 1948.

Por último habló el ingeniero señor Walter Müller Hess para agradecer el homenaje que se le rendía; al mismo tiempo, y en forma documentada, hizo una historia de la participación de los ingenieros chilenos en el desarrollo de la industria nacional.

Reproducimos a continuación los discursos de los señores José Luis Claro, Javier Herreros y Walter Müller.

DISCURSO DEL SEÑOR JOSE LUIS CLARO MONTES

Señoras, señores:

La Medalla de Oro del Instituto de Ingenieros de Chile lleva grabada la efigie de Minerva; y, en segundo plano, las chimeneas de una fábrica lanzan al aire el humo de sus calderas. Una leyenda la circunscribe: «La sabiduría al servicio de producción», dice esa leyenda.

La diosa del arte y de la industria, la figura mitológica que personifica el trabajo del espíritu en sus aplicaciones diversas, y, junto a ella, la fábrica, la industria, el símbolo de la capacidad creadora de la técnica. Es todo esto una bella síntesis de las características del ingeniero como profesional.

El sello del Instituto, que conserva el facsímil que sirvió a sus fundadores cuando echaron las bases de nuestra Institución hace ya más de sesenta años, ostenta un teodolito iluminado por un sol radiante.

Al comparar ambas alegorías, ellas se presentan al espíritu como la expresión de la evolución que, en medio siglo, ha tenido nuestra profesión. Antes, el emblema era el teodolito: un instrumento de medición, una herramienta; hoy día, se la representa por Minerva y por la fábrica: «La sabiduría al servicio de la producción.»

Cada vez que nos reunimos en una solemne Asamblea como ésta, para testimoniar públicamente nuestra admiración y nuestro reconocimiento a un colega eminente, se reaviva en todos nosotros un sentimiento de legítimo orgullo al repasar en nuestra mente todo lo que el ingeniero ha dado al progreso de la patria. Cuando el escaso desarrollo de la técnica circunscribía su acción, tenía el teodolito como insignia; pero el progreso de la industria lo ha llamado a realizaciones cada vez más altas y el ingeniero ha sabido responder y ha cambiado su emblema así como han cambiado los tiempos.

Ahora, que tengo el honor de entregar a Walter Müller la máxima distinción que otorga el Instituto de Ingenieros de Chile, me vienen a la mente, con más fuerza, esas reflexiones, porque él es un exponente de la labor del ingeniero al servicio de la producción, porque ha trabajado con tesonero empeño por el bien del país y porque, con sus dotes personales y con su gran capacidad de estudio y de acción, ha dado brillo y realce a nuestra profesión.

Siguiendo una establecida costumbre, otro ingeniero eminente, que el año pasado recibiera el reconocimiento de sus colegas en una ceremonia como ésta, nos señalará en detalle el camino recorrido por nuestro festejado de hoy día. Cedo, en consecuencia, la palabra a don Javier Herreros; pero, antes de hacerlo, deposito en las manos de Walter Müller la Medalla de Oro y el Diploma de Honor que le llevan el aprecio y el aplauso de los ingenieros de Chile.

DISCURSO DEL SEÑOR JAVIER HERREROS VERGARA

Señor Presidente, señoras, y señores:

Al honor que me hizo el Instituto de Ingenieros de Chile de concederme la Medalla de Oro agrega ahora el de encomendarme el presentar a ustedes al nuevo ingeniero agraciado, don Walter Müller Hess misión que me es sumamente grata y fácil pues lo conozco desde que salió del cascarón universitario, hará unos 33 años y entró a trabajar en la Compañía de Gas de Santiago junto al querido y recordado amigo Juan Blanquier a quien, por el mal estado de su salud, iba a reemplazar muy pronto como ingeniero jefe de la Compañía.

Y puedo repetir que resulta fácil reseñar la carrera de Müller porque desde esa fecha hasta ahora ha servido a esa misma empresa ascendiendo desde ingeniero ayudante hasta la dirección general de ella, lealtad y cariño que raras veces se ve y aún más por una institución que por entonces distaba mucho de ser atrayente.

En efecto, en aquellos tiempos parecía de muy pocas expectativas el negocio de la fabricación de gas; la electricidad lo estaba desplazando totalmente en el alumbrado tanto público como doméstico y aún en la calefacción parecía que no tenía otro porvenir que la fabricación de coke para las cocinas. En provincias desaparecían fábricas de gas y hubo gasómetro que pasó a servir de estanque de petróleo.

A Müller no lo atemorizó esta situación y el resultado de sus estudios fué que al gas le era posible mantenerse junto a la electricidad modernizando sus instalaciones no sólo de las plantas productoras

ras—con mejores retortas y gasómetros, descarga y almacenamiento del carbón—sino también aumentando natural y mecánicamente la presión hasta el último extremo de la red, perfeccionando la elaboración de los subproductos químicos del gas y mejorando los artefactos de utilización a cuya fabricación en el país contribuyó activamente la Compañía.

Durante los últimos 30 años bajo la dirección de Walter Müller las instalaciones se han rehecho totalmente, triplicándose el tamaño de la red y sextuplicándose la producción de gas. Las decenas de millones de pesos—centenas de millones de hoy día,— que ha requerido todo esto no ha venido en préstamo del extranjero ni tenemos que servirlos con divisas; los accionistas y directores tuvieron plena confianza en el optimismo de Müller y en el plan por él trazado: ellos proporcionaron esos cientos de millones y ellos perciben los intereses y hacen una pequeña economía en sus consumos.

Por otra parte los consejos directivos se fueron convenciendo gradualmente de que no habría más necesidad de traer personal extranjero para la atención de las instalaciones y que la gerencia y manejo comercial no eran materias inaccesibles a los ingenieros de la producción; lo que es muy raro entre nosotros, Müller supo hacerse perdonar el ser ingeniero e hizo que los directorios lo miraran simplemente como hombre de buen sentido común.

Durante esta carrera, cuya laboriosidad es fácil apreciar, Müller no se ha aislado egoístamente de sus colegas para gozar con los suyos el descanso diario que se tenía bien ganado: lejos de eso desde muy joven ingresó y prestó toda su colaboración a este Instituto cuyos miembros, sabiéndolo apreciar debidamente, lo llevaron muy pronto al Directorio, reeligiéndolo más de 15 años y después a la Presidencia de la Institución.

Análogos servicios ha prestado más tarde a la Sociedad de Fomento Fabril donde no se exige a los socios, como aquí, una preparación universitaria, de manera que lo heterogéneo de su selección y la diversidad de intereses de los asociados hacen sumamente delicadas las funciones directivas para conciliar tendencias y formaciones tan diversas. También tuvo allí Müller pleno éxito y durante años ha presidido la Sociedad y orientado a sus socios hacia lo posible en materia de proteccionismo y ayuda del Estado en las tan diversas formas que ésta asume actualmente.

En representación de dicha sociedad ha colaborado con el Gobierno en el estudio de la política aduanera y económica del país y de los convenios comerciales celebrados tan frecuentemente en los últimos años y la ha representado también junto a las cámaras comerciales en la formación

de la Confederación de la Producción y el Comercio, en los consejos nacionales de economía, en el Banco Central y en toda labor de estudios económicos o sociales que afectan a estas ramas de la actividad nacional.

Con mayor razón ha tomado parte en aquellos estudios relacionados con la actividad fundamental de su vida: estudios sobre el carbón y su mejor aprovechamiento, sobre el petróleo y su destilación, etc.

Ya antes, desde su salida de la Universidad sus brillantes estudios en ella lo llevaron allí mismo a las cátedras de Geometría Descriptiva y Administración Industrial y a otras clases en la Escuela de Artes y Oficios y en el Instituto Superior de Comercio, todas las cuales hubo de abandonar después para consagrarse a los intereses cuya dirección pasó a asumir progresivamente.

Más tarde puede decirse que Müller se puso de moda; no hubo compañía o institución que no lo llevara a sus directorios para contar con su sabio consejo y entusiasta actividad.

Pero no han sido sólo éstos los campos en que ha prestado Müller su ayuda al país y no puedo dejar de mencionar con envidia otras labores: cuando la estabilidad constitucional de la República parecía estar a merced de cualquier militar audaz o desequilibrado Walter Müller con Eulogio Sánchez, Pedro Blanquier, Domingo Durán y muchos otros colegas de este Instituto y otros profesionales formaron clandestinamente la Milicia Republicana que en pocos meses se extendió por todo el país y llegó a tener cerca de 50.000 hombres armados listos para evitar nuevos asaltos al poder lo que hizo entrar en vereda a los ambiciosos y volvió a los jefes del ejército a sus funciones institucionales.

Poco antes Müller había encabezado un movimiento profesional y universitario para la elección de un Presidente de la República y queriendo afirmar aún más el funcionamiento de la democracia, tan llena de defectos básicos pero que nada ha podido aún reemplazar—emprendió entonces la formación de un nuevo partido político—la Unión Republicana—cuya base sería la lealtad a la Constitución de la República.

Me invitó a formar parte de él como antes lo había acompañado en la elección presidencial pero le manifesté mi opinión adversa: creí y sigo creyendo que los ingenieros jóvenes deben incorporarse a los partidos ya existentes y que sean más cercanos a sus ideales políticos y allí, sobreponiéndose a su desagrado por la falta de preparación de las masas y la demagogia de los que tratan de explotarlas, ejercitar pertinazmente todas sus dotes de apostolado en moderar y orientar a esos elementos, que no podrán desconocer

la superioridad moral de esos ingenieros, en vez de ejercitarlas en la formación de nuevos partidos de hombres cultos que no atraerán a los que no lo son.

Acerté en esto porque es más fácil criticar que construir pero subsiste mi admiración por los propósitos que lo inspiraban y que espero que habrá siempre de mantener.

Recientemente decía esto mismo muy eufóricamente nuestro colega Francisco Mardones al hacer el elogio de don Ismael Valdés Valdés ante la Facultad de Matemáticas de la Universidad de Chile: «la política no interesa mucho a los ingenieros tal vez porque se la comprende poco a causa de que dicha actividad presenta ciertos puntos de vista que no se avienen muy bien con la actividad profesional del ingeniero pero... no deberían ellos persistir en su habitual neutralidad política que reviste caracteres de cierta indiferencia por los intereses generales. Es en mi concepto necesario que los ingenieros se incorporen activamente en los campos políticos de sus respectivas ideologías».

Hagamos votos porque estas palabras sean atendidas por los jóvenes colegas como lo hizo ya Walter Müller y porque éste complete su obra impulsando a ella a sus compañeros y discípulos en las numerosas instituciones y empresas en que comparte hoy sus actividades.

He dicho.

DISCURSO DEL SEÑOR WALTER MULLER

Señor Presidente, señoras, señores:

El honor que me confiere el Instituto de Ingenieros de Chile me llena de emoción y gratitud, lo agradezco en lo que vale, y lo recibo apreciándolo como el más alto galardón profesional.

El ejercicio de nuestra noble profesión de ingeniero, sólo muy excepcionalmente produce fortuna a los que la ejercemos, a pesar de que ella es la profesión creadora por excelencia, y la que más contribuye al desarrollo económico de los pueblos.

La razón está, tal vez, en que la obra de los ingenieros es rara vez una labor individual, ya que sus creaciones son la resultante de un trabajo de grupo y de colaboración. Mientras mayor la obra de ingeniería, en mayor grado acontece lo dicho. Por otra parte, la relación de causa a efecto en la creación ingenieril es tan distante, que resulta difícil identificar al creador, para premiarlo como materialmente merece.

Entre los estudios de antecedentes fidedignos, su selección inteligente, la confección de ante-proyectos, proyectos definitivos, ejecución y puesta en servicio de la obra, tarda tiempo e intervienen tantos, que nuestros profesionales deben contentarse en la mayor parte de los casos, con modestas remuneraciones que no guardan relación con la im-

portancia de la obra realizada, ni tampoco con la utilidad que ella reporta a la colectividad.

Cito estos hechos para demostrar que sistemáticamente los ingenieros deben pagarse en parte con la satisfacción personal de la obra hecha, o con gratificaciones honoríficas, como la que recibo con tanta gratitud en estos instantes.

Le ha correspondido a mi distinguido y apreciado colega con Javier Herreros, agraciado con la Medalla de Oro de 1948, presentarme en esta oportunidad. Le agradezco muy sinceramente la forma en que lo ha hecho y los conceptos que ha vertido sobre mi modesta labor profesional, actividades industriales y de otro orden.

Ha hecho referencia a la Compañía de Gas de Santiago, en la que inicié mis actividades profesionales, y a la que he dedicado mi vida entera. Recojo la referencia que ha hecho del que fuera su amigo y primer jefe, el distinguido ingeniero don Juan Blanquier, para recordarlo con cariño y admiración, y para agradecerle la escuela de trabajo y de disciplina en que me formó.

Ha querido el Directorio del Instituto justificar la elección del agraciado con la Medalla de Oro del año en curso, principalmente por la obra de fomento industrial que ha desarrollado.

Mis relaciones de toda una vida con la industria nacional, a la que he procurado servir con el desempeño de mi profesión y en los organismos gremiales creados para vigorizarla y defenderla, justifican por lo tanto, que aproveche esta oportunidad para referirme a tópicos de naturaleza industrial.

Cumplo así una inclinación acendrada de mi espíritu, a la que sirvo desde el honroso cargo de Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril con que me han distinguido mis colegas industriales, concedores del cariño que profeso a estas actividades y el tesón con que les he entregado los mejores esfuerzos que estaban a mis modestos alcances.

La historia industrial de Chile no se ha escrito todavía; a pesar de ser el nuestro un país de historiadores, que han escudriñado con notable acuciosidad hasta los más escondidos detalles del devenir de nuestra nación, el relato documental de nuestro proceso manufacturero y fabril, no existe.

La Colonia nos dió una clara fisonomía agrícola y minera resultante de la fiebre de oro de los descubridores y de la necesidad en que se encontraron los héroes de la Conquista, de buscar en el terreno mismo de sus hazañas la satisfacción de sus más premiosas necesidades de subsistencia.

Sin embargo, necesidades ineludibles, hicieron que la industria chilena naciera para proporcionar vestuario a la población, es así como, hasta 1810, sólo se producen en el país bayetas ordinarias; ponchos de lana y sombreros de pelo de ovejunos y vicuña, aparte de cueros curtidos de cabras y

vacunos que, en esa época, exportábamos al Perú y las Provincias Unidas del Río de La Plata. Una artesanía alfarera incipiente y rudimentarios molinos de granos, completaban el cuadro de la producción que podríamos llamar industrial, que conocieron los años de la Independencia.

La República trae junto con la libertad política, un renacer de las iniciativas de orden económico, que se orientaron de una manera definida, siguiendo la tradición legada por los españoles, hacia el comercio y la agricultura, eclipsándose, por un tiempo, la fiebre minera, que no renace sino con el descubrimiento de Chañarcillo y la epopeya cumplida por don José Santos Ossa en las pampas del salitre.

La feracidad natural de nuestras tierras produce con largueza las exportaciones suficientes para cubrir las necesidades de artículos manufacturados que adquirimos invariablemente en Europa.

Advino, de esta manera, una situación de holgura económica para Chile, que se tradujo en los cuatro decenios de normalidad institucional durante los cuales florecieron las recias selecciones humanas que dieron vida a la nacionalidad. Predominó en éstas, sin embargo, con sólo muy raras excepciones, la concepción jurídica, más cara a los hijos de los Padres de la Patria que cualquier preocupación dirigida hacia los campos económicos.

Nació de este predominio, la maciza construcción jurídica que hizo posible aplicar la Constitución de 1833, la dictación de los Códigos fundamentales y de las leyes educacionales complementarias, sobre cuyo respeto se asentaron el orden interno y el prestigio exterior de nuestra joven democracia, echando en realidad las bases generales del edificio del futuro.

El período de la bonanza económica derivada de las exportaciones mineras, se prolonga hasta 1919, año en que aparecen en los mercados mundiales los sustitutos sintéticos del salitre de Chile, creando a nuestro nitrato una competencia que se hizo intensa a tal extremo, que provocó una crisis en nuestro sistema económico que descansaba en gran parte sobre las ventas mundiales del abono.

Ya por la última década del siglo XIX habían comenzado a desenvolverse algunas industrias manufactureras, que fueron el embrión de las grandes empresas que ante rudo impacto de la crisis salitrera, adquirieron el vigor necesario para reemplazar con su demanda de brazos el mercado de ocupación que se cerraba en la pampa y para producir en el país mismo un grupo de mercaderías que, hasta ese entonces, había sido posible importar con la moneda extranjera resultante de las exportaciones de salitre, pero que en adelante no se podría seguir trayendo desde el extranjero.

De esta manera la industria empieza a desempeñar el papel de importancia trascendental que le está reservado en la existencia nacional. Suma al amplio y bien remunerado mercado de brazos que proporciona, el enriquecimiento que significa la elaboración de las materias primas nacionales, que se ennoblecen en calidades y en valores con la transformación en bienes de consumo a que la mano del hombre las somete.

Esta verdad es perfectamente comprobable por nuestra experiencia nacional; al nacimiento de la industria, con sus mejores salarios que los otros rubros productivos, corresponde en Chile un auge cada día más consolidado, tanto que puede resistir sin lesiones profundas dos crisis internacionales e internas y las dos guerras de repercusiones más hondas en la vida económica mundial que la humanidad ha conocido.

En 1865 la población urbana del país era el 28,6% del total; treinta años más tarde, este porcentaje se había elevado al 45,5% y, en la actualidad, según los cálculos oficiales más recientes ya la población de las ciudades ha superado el 57%. Se ve cómo la industria, establecida toda dentro de los distritos urbanos, ha venido absorbiendo la mano de obra nacional, de donde ha derivado un conjunto de condiciones económicas que, pese a todas las dificultades circunstanciales del momento, son sin duda de las realidades más efectivas y al mismo tiempo, más promisoras que el país ha experimentado.

Esta bonanza es, en parte substancial, la traducción de los esfuerzos que realiza la industria del país por engrandecerse, poniéndose a la altura de las necesidades del consumo. Algunas cifras comprueban este aserto. Hace quince años, prácticamente el valor de la producción de cada una de las grandes ramas—minería, agricultura e industria—era idéntico: unos 3.500 millones de pesos para cada una. Según los cálculos últimos existentes sobre la materia, que corresponden a 1948, estos valores son: agricultura, 9.700 millones; minería 11.250 e industria, 20.000 millones. Es decir, el 50% de la producción nacional está representado por el trabajo de las actividades fabriles y manufactureras.

Del total de la población activa del país, el 37% encuentra su medio de vida en las usinas industriales grandes o pequeñas; pero, este 37% de obreros gana anualmente, el 50% del total de los salarios pagados en el país, que, en 1948, ascendieron a poco más de 10.000 millones de pesos.

Por eso, cuando la actividad manufacturera se fortalece y aumenta su producción, mejora el standard de vida de sus trabajadores y, por lo consiguiente, las condiciones económicas de la nación.

Las proyecciones de esta difusión del bienestar obrero, son incalculables; influyen de una manera

tan honda en el aspecto económico como en el social y en el político que, puede asegurarse sin temor a rectificaciones, que de un mercado de trabajo industrial estable depende en gran parte la normalidad del conjunto de la existencia nacional.

Corresponde, también a la industria dentro de la estructura de nuestro sistema tributario, el volumen más elevado de impuestos, muy superior al que afecta a otros órdenes de la actividad nacional, liberados expresa o parcialmente de contribuciones.

El cuadro anterior cambia con la inflación, que crea graves problemas a la industria.

Absorbidos los ingresos industriales por los aumentos de salarios, reajustes de sueldos, recargos de impuestos y encarecimiento de servicios y materias primas, no dejan suficiente margen de capitalización y es así como las empresas no pueden con sus propios recursos normales, adquirir los nuevos elementos indispensables para su ampliación o, siquiera para reemplazar los equipos desgastados hasta extremos inverosímiles, por la labor exhaustiva a que se les ha sometido durante la época de la guerra.

Los pocos capitales disponibles prefieren en esta época de inflación, la inversión en bienes raíces urbanos o de predios agrícolas, beneficiarios de una tributación muy inferior a la industrial y mejor defendidos de la desvalorización de la moneda. La industria que desea ensancharse, queda constreñida en parte al crédito bancario, ya que el hipotecario y el de fomento semifiscal, prácticamente, han desaparecido.

El dinero proveniente de los bancos se obtiene a precios muy elevados y a plazos del todo inconvenientes para el proceso industrial; de allí que exista una permanente angustia de las empresas a este respecto y sus costos, no obstante todo el esfuerzo gastado para aminorarlos, vayan subiendo cada día, con la consecuencia de encarecer el costo de la vida lo que, ante el régimen de reajustes anuales de sueldos y salarios existente en el país, se transforma en nuevos factores de inflación, que consolidan el círculo vicioso en que el país se viene debatiendo desde hace diez años.

A pesar de todos los tropiezos y dificultades de esta época tan compleja de la vida económica nacional e internacional, ha existido un período de auge industrial en el país.

¿A qué se debe esta paradoja? Sin duda alguna a la eficiencia, laboriosidad e ingenio que nuestros empresarios han dedicado a sus labores. Ello les ha permitido reemplazar mediante recursos de una habilidad que llega a sorprender, la falta de capitales, de maquinarias, de materias primas y, aún en ciertos casos, de mercados para su producción.

A los ingenieros ha correspondido en Chile una parte muy importante del progreso material del país; ellos han estado a cargo, aparte de las obras públicas y otros trabajos oficiales, del manejo de las grandes empresas de producción directa para el consumo o de servicios que aprovisionan a la agricultura, la industria, la minería o los transportes.

Frente a la mayoría de las usinas principales con que cuenta la nación, hay ingenieros chilenos, que soportan la responsabilidad técnica de la producción y participan activamente en la orientación general de los negocios. Hacer una lista de estos profesionales significaría un trabajo de excesivo detalle y susceptible de omisiones en que no deseo incurrir.

Me abstengo pues, de llegar a tal enumeración, pero dejo constancia de la decisiva influencia que en el enorme desarrollo de la industria nacional privada han tenido nuestros colegas de profesión.

Ha correspondido a los ingenieros chilenos asimismo, constituir la espina dorsal de uno de los esfuerzos más vigorosos y más brillantes realizados en el país para impulsar su progreso general: la Corporación de Fomento de la Producción, organismo que, hoy por hoy, constituye un factor tan poderoso en el desarrollo e incremento de la producción nacional.

La exploración y explotación petrolífera; la producción de electricidad y la elaboración nacional de aceros, forman el conjunto de magníficas realizaciones que ha creado e impulsado la Corporación de Fomento. Ha orientado ésta así, su capacidad técnica y sus posibilidades financieras hacia tres empresas que representan, indudablemente, una revolución de la economía nacional.

No significan sólo ahorro de divisas por hacer innecesarias fuertes importaciones; involucran ofrecer a la iniciativa privada las más amplias posibilidades de abastecimientos de energía y materias primas y semielaboradas, que le permitirán emprender nuevas explotaciones que hasta ayer parecían imposibles en Chile.

Con la terminación de estos planes de la Corporación de Fomento, nuestra economía se consolidará, diversificándose en su producción tanto para consumo interno como para exportaciones, con lo que disminuye la amenaza, hasta ahora siempre presente sobre nuestro país, de crisis en los mercados internacionales de cobre y salitre, de cuyos precios y volúmenes de ventas hemos dependido, inermes ante cualquier fluctuación, desde hace medio siglo.

Esta es la parte fundamental de la obra de la Corporación de Fomento, en cuyos cargos llaves de realización y orientación, los ingenieros nacionales han dado muestras de una capacidad realizadora realmente extraordinaria y de un dina-

mismo ejemplar, multiplicado por el patriótico anhelo de poner al servicio del interés nacional el máximo rendimiento individual y de conjunto.

El plan de realizaciones de la Corporación de Fomento de la Producción ha sido ejecutado con capitales provenientes de empréstitos del Eximbank y del Banco Internacional; contribuciones, aportes del Fisco chileno y las entradas propias del organismo, producto de sus inversiones anteriores.

La industria privada no cuenta con todos estos medios financieros y, por lo consiguiente, si quiere capitalizarse debe recurrir a sus propias utilidades y a los aumentos de capital. Las utilidades, como ya lo he hecho notar, resultan insuficientes para este objeto y el crédito de que actualmente se dispone está lejos de reunir las condiciones que requiere el ciclo industrial.

Por lo tanto, para buscar la fórmula que permita complementar los capitales de la industria privada nacional, puede pensarse en el capital extranjero.

No es, a mi juicio, una pretensión carente de base la de atraer capitales exteriores hacia nuestro país; creo, por el contrario, que Chile ofrece, en las actuales circunstancias, el conjunto más brillante de condiciones favorables al capital extranjero, supuesto que logremos previamente estabilizar nuestra economía y concluir con el proceso inflacionista que nos destruye. Tenemos una sólida organización institucional republicana y democrática; se ha eliminado en el hecho la agitación social provocada por los comunistas; planes orgánicos y armoniosamente combinados, preparan un porvenir que no trepido en calificar de brillante para la nación; la rentabilidad que podemos ofrecer a los capitales que vengan desde el exterior, es elevado; y nuestra futura balanza de pagos debiera permitir giros regulares de dividendos y amortizaciones de inversiones.

Si se examina esta somera enunciación de condiciones políticas, sociales y económicas ofrecidas por nuestro país, se observa desde el primer momento, que son muy pocas las naciones del mundo actual que tienen una situación semejante a la de Chile. Las nacionalizaciones, los disturbios políticos sociales, la inestabilidad institucional, con su secuela de estatismo immoderado y sin control legal, abundan en el mundo de hoy, ahuyentando a los capitales que, en su búsqueda de seguridad, han ido a refugiarse a Norteamérica, la más consistente de las naciones organizadas de nuestra época.

Se ha producido así, una abundancia de dinero disponible en los Estados Unidos, que anhela ubicarse en inversiones que rindan garantías de seguridad y mejores intereses que los del mercado estadounidense, en el cual, precisamente por esta

abundancia, las tasas de rentabilidad han bajado a límites irrisorios.

El Presidente Truman, cuya política exterior se caracteriza por la amplitud de su concepción, que abarca todos los aspectos del fortalecimiento de la solidaridad de las naciones de occidente ante la amenaza roja, ha querido canalizar estos capitales en corrientes de colocación en el extranjero, pues con ello, al crear bienestar interno en los países de este modo favorecidos, se les vigoriza para resistir el embate soviético y para participar, llegado el caso, en la ofensiva que podría verse obligada a desatar la civilización cristiana contra el obscurantismo marxista.

Con claro sentido de la realidad, el Presidente de los Estados Unidos ha propuesto su conocido «Cuarto Punto», que significa prestar, en primera etapa ayuda técnica a las naciones retrasadas económicamente, para estudiar sus posibilidades de desarrollo y, en seguida, propender a que los planes de trabajo o las empresas recomendadas por estas misiones de especialistas, puedan ser financiados en parte con dinero norteamericano.

Como representante de Chile en las Conferencias de La Habana y de Bogotá, celebradas el año 1948, me cupo participar en los debates que dieron allí por resultado la adopción de principios tendientes a eliminar los dobles tributos a la renta, radicando el pago de ellos en el país en que las ganancias son obtenidas.

Conseguido este objetivo, se eliminaría, en consecuencia, la que puede estimarse como última traba para las inversiones de capitales norteamericanos en el exterior, pudiendo Chile adherir a ello mediante algún convenio especial que, sin duda, dejará iniciado el Excmo. señor González Videla al visitar, en el año próximo los Estados Unidos.

Existen pues, posibilidades muy fundadas de una afluencia de dinero norteamericano hacia los países cuyas condiciones generales son más favorables, entre los cuales el nuestro, como queda dicho, ocupa un lugar destacadísimo.

A nadie puede escapar la trascendencia de esta promisoriosa esperanza. Nuestro país que cuenta con la base de una industria firmemente consolidada, con técnicos de especial capacitación para el manejo de empresas, con mano de obra de reconocida ductibilidad y hombres, de empresa que han demostrado saber planear explotaciones de gran envergadura, ve frenado su impulso hacia el progreso por la verdadera tragedia que significa su falta de capitales privados y oficiales para poner en marcha sus programas de industrialización, de mejoramiento agropecuario, de intensificación de las faenas mineras, de ampliación de sus medios de transporte.

Los equipos desgastados por el esfuerzo de muchos años en que no han tenido reemplazos, elevan los costos de producción.

Substituídas las actuales maquinarias por elementos modernos, con todos los adelantos alcanzados por la técnica actual sería posible, aprovechando debidamente nuestra riqueza de materias primas y de energía, producir artículos manufacturados que no tendrían que temer en materia de precios y calidades a los de cualquier otra procedencia.

Esta necesidad de la mecanización eficiente de nuestra producción, constituye un imperativo que sólo podrá ser obedecido si se logra atraer hacia el país capitales extranjeros. He señalado ya cuales son las condiciones que en un próximo futuro se ofrecerán para esta vitalizadora inmigración de medios financieros. Si somos capaces de llevar a cabo una gran política de atracción, habremos rehabilitado de manera definitiva nuestra economía, creando un futuro libre de preocupaciones para las generaciones venideras.

Será necesario además, para conseguirlo, cumplir con absoluta seriedad y honradez, los compromisos con el exterior.

La Sociedad de Fomento Fabril, con cuya presidencia me honro y en la cual colaboro desde más de veinte años, conoce y aprecia en todo su incalculable valor las posibilidades que señalo. Su lucha por conseguir que se creen el medio y el ambiente para llegar a este perfeccionamiento de nuestra organización industrial, ha sido tesonera y denodada, representando éste, su mejor aporte al progreso y engrandecimiento nacional.

Si se hace una síntesis de las condiciones que presenta nuestro país para su desenvolvimiento económico, se llega a conclusiones que permiten orientar la acción gubernativa y la particular hacia las soluciones más adecuadas, aprovechando los factores favorables, y anulando o corrigiendo los factores negativos.

Tenemos a nuestro haber los factores técnicos y de mano de obra. Nuestros ingenieros han demostrado preparación y capacidad a través de más de un siglo de actividad profesional, desde la que ya nos parece lejana época del Cuerpo de Ingenieros Civiles, creado a raíz de dictarse en 1842, la Ley General de Caminos y de haber sido creada, un año antes, la Universidad de Chile, que concedería el título de ingeniero. Nuestros hombres de negocios han demostrado una extraordinaria capacidad de organización y espíritu de empresa.

El perfeccionamiento técnico ha ido superándose en forma constante, sin que, por desgracia, haya existido un paralelo incremento de la enseñanza profesional para los obreros ni una orientación

racional de la educación general hacia las actividades de carácter económico-productivo.

Nuestra mano de obra, alimentada por una raza homogénea y de gran facilidad de asimilación, tiene virtudes que, aprovechadas debidamente, significarían un beneficio extraordinario para el conjunto de la producción, y para el mejoramiento social de la población. Nuestro obrero, pese a todas estas cualidades, hoy resulta caro, porque no se le han desarrollado mediante una instrucción eficaz sus capacidades, y porque la carencia de maquinaria moderna impide por otra parte aumentar los rendimientos, mejorando salarios sin aumentar los costos de producción.

Una intensificación de la enseñanza profesional obrera, junto con una inmigración de obreros y capataces especializados extranjeros, cumpliría con estos objetivos, mejorando en proporciones enormes la eficiencia de nuestra mano de obra cuyas posibilidades de adelanto son magníficas.

Entre los factores desfavorables de nuestra economía se cuenta, en primer término, la insuficiente capitalización, a que ya me he referido, punto que vuelvo a señalar por la gravedad trascendente que envuelve. El problema se ha agravado en estos últimos meses debido a que, por las dificultades producidas en el mercado del cobre, nuestros presupuestos de divisas no contemplan sino internaciones destinadas al consumo, reduciendo al mínimo o simplemente, eliminando, la importación de bienes de capital.

Esto impide todo esfuerzo de ampliación aún de las industrias existentes y, por supuesto, todo programa de creación de otras nuevas, como no sean aquellas que puedan realizarse por el sistema de aportes de capitales o créditos venidos desde el extranjero.

Si a esta circunstancia se suma nuestra inestabilidad monetaria y su tendencia a la devaluación, se ve que este factor influye de un modo peligroso en extremo sobre nuestro futuro económico, ya que, dentro de tal régimen resulta imposible a las empresas formar reservas adecuadas para la reposición de sus equipos, cuyos precios de adquisición ante el valor decreciente del signo monetario, se elevan desmesuradamente, transformando en absolutamente insuficientes los fondos acumulados para este objeto por los productores.

El sistema tributario vigente, que fija porcentajes muy bajos de castigos liberados de impuesto de utilidades, contribuye a agudizar este mal, que corroe los fundamentos mismos de nuestra economía, y que ha producido la descapitalización en gran escala de nuestras industrias.

La sola venida de capital extranjero no es suficiente; es preciso que el industrial, agricultor o minero ya establecidos, tengan una protección del Estado, manifestada en estabilidad de cambios,

mantención de una inteligente política de precios remuneradores y liberalidad tributaria como premio de su esfuerzo y sacrificio, tan productivo para la colectividad.

Es indispensable, además, poner freno definitivo al proceso inflacionista, que no sólo produce malestar en las clases asalariadas, arruinando los ahorros, creando tragedias en las personas que viven de rentas fijas, descapitalizando industrias, con su secuela de malestar económico, social y político. Es necesario crear condiciones de estabilidad que aseguren al que trabaja y produce el fruto legítimo y real de sus esfuerzos, para incrementar el progreso del país.

Por último, será necesario, una vez producida la estabilidad, encauzar la capitalización hacia inversiones productoras que aumenten nuestro potencial económico, y hacer una propaganda y crear los medios para que el bienestar legítimo a que aspiran nuestros empleados y obreros, sea la consecuencia de mayor producción de riquezas en

vez de reajustes ficticios que no harán sino dar nacimiento nuevamente a la inflación.

Señor Presidente:

Hace sólo algunas semanas la Sociedad de Fomento Fabril cumplió dos tercios de siglos de existencia y, al celebrar tal efeméride, pudo, no sin orgullo, recordar su obra de legítimo y adecuado apoyo al desenvolvimiento industrial del país.

Hemos tenido un nuevo estímulo de extraordinaria eficacia, la tan alta distinción con que el Instituto de Ingenieros de Chile ha querido significar su aprecio por esta obra, condecorando al ingeniero Presidente de la Sociedad con el más preciado de los galardones a que puede aspirar un profesional de nuestro ramo.

Agradezco muy sinceramente, asimismo, a mis colegas, amigos y sus familiares, que han querido alentarme y honrarme con su presencia en esta solemne oportunidad.

Muchas gracias.